

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Teatro del Circo =Teatro Principal.
=Declaracion, poesia.—El Pintor Claudio S....
por D. Pedro Manuel de Moroy.—Geroglífico.

TEATRO DEL CIRCO.

Gran funcion de aguinaldos egecutada por hombres solos el lunes 5 del que rige.

Hay costumbres que no tienen sentido común, y una de estas es la que autoriza á egecutar en algunos teatros representaciones en las que solo toma parte uno de los dos sexos. En efecto, nosotros quisiéramos se nos dijese qué clase de solaz ofrece el ver á un hombron barbudo haciendo mimos y dengues, esgrimiendo el abanico á guisa de soplador de anafe, y atiplando la campanuda voz para espresar los tiernos sentimientos de una púdica doncella requerida de amores por otro tagarote.

Sin embargo, esta repugnante farsa atrae gente y llena los coliseos, no por otra razon sino porque es absurda, y en el mundo lo absurdo es lo único que tiene el privilegio de parecer bien en todos los siglos, y mas especialmente en el ilustradísimo en que hemos tenido la dicha de salir á luz.

Penetrados de esta verdad los actores del Circo, nos dieron la vispera de Reyes una funcion anunciada por programas en verso, en los cuales se leia esta delicada flor:

«En donde no habrá discordias
ni habrá chismes, ni habrá enredos,
y de esta verdad responde
no haber faldas de por medio;
pues hoy hemos suprimido
con placer al bello sexo».

Ya era este un aliciente y no flojo; pero
ENERO.

no se confió exclusivamente en él, sino que se ofrecieron además tres gracias y tres desgracias por via de regalo á los que tuviesen los correspondientes números premiados en cada cual de los sorteos que habian de verificarse.

No hay que decir que á la hora prefijada el teatro estaba completamente lleno, y no hay que decir que los espectadores, comprendiendo el carácter del espectáculo, iban en su gran mayoría provistos de trompetillas y de otros semejantes elementos de armonía, que si en anteriores épocas apenas osaban dejarse oír en los nada aristocráticos confines de la feria, ó en las sucias gradas de la plaza de toros ahora tienen ya sus aspiraciones de buen tono, puesto que el cultísimo, que el atildado teatro Principal no se desdeña tal cual vez de darles carta de naturaleza.

Dióse por fin la señal de principiar, y á las pocas escenas fueron apareciendo sucesivamente en el escenario los Sres. Brotons, Jimenez y Vechio tan llenos de moños, de rizos, de diademas y de floripones, con tal contoneo y tales repulgos, que en verdad nunca nos habia parecido tan feo el sexo feo? Entre las risas del público y las risas de los actores fué pasando acto tras acto la comedia, sin que ni los unos la hablasen ni los otros la oyesen; que tal era el estrépito y vocerío, y tal la animacion de aquella heterogénea concurrencia.

Hubo luego su baile, y despues su tonadilla, y en seguida otro baile, todo ello con sus correspondientes intermedios de sorteo, consistiendo las gracias en pavos y gallinas, y las desgracias en cartuchos de dulce vacíos y en niños llorones, no de carne, que de esos todos son llorones, sino de los de pasta, que solo chillan cuando les aprietan el estómago. No se tenga esta por alusion á los partidos políticos.

Tras el último baile debia tener lugar el sainete titulado *El triunfo de las mugeres*, en el cual se anunciaba que egecutaria el papel

del alcalde Juanito Albarran, persona que nunca ha figurado en la escena sino como la tortuga, esto es, entre conchas, lo cual quiere decir que es apuntador ó consueta. Es evidente que existe harta mayor incompatibilidad entre ser muger y ser hombre que entre ser apuntador y egecutar un papel, y toda vez que lo primero se verificaba allí aquella noche, no habia razon para estrañar lo segundo; pero ello era que el público esperaba con impaciencia la aparicion de dicho personaje en el escenario; cosa que no se verificó, dando lugar á murmullos que al cabo terminaron por enérgicas reclamaciones espresadas por medio de gritos, de ahullidos y de trompetazos. El sainete, no obstante, continuó; pero como quiera que no alojaba el vocerío, y siendo además legítima la petición, se resolvió, según tenemos entendido, que el sainete se repitiese de cabo á rabo obligando al don Juanito á hacer muestra de su individuo, por mas que el tal, ó realmente enfermo ó pretestando enfermedad, se hubiese eclipsado poco antes, haciendo anunciar su indisposicion. Envuelto pues en una capa que servia de funda á su entonces importantísima persona, lanzóse, ó mejor dicho, lanzaron á las tablas á Juanito, esto es, á la Elena de aquella Troya, á la inocente causa de aquella conflagracion, y aunque nadie entendió las pocas palabras que dijo, porque sin duda el catarro le tenia embargados los órganos, y sonaba su voz como suenan las trompetas del Santo Entierro, ello es que la simple aparicion de aquel personaje calmó la tormenta del Circo, bien así como Neptuno calmó con su presencia la tempestad que amenazaba sumergir las troyanas naves.

Adviértase que al ver el sesgo que tomaba el negocio, la parte menos belicosa y mas aburrida de la concurrencia, abandonó el teatro antes de que le diesen la segunda edicion del sainete.

Así terminó á hora muy avanzada de la noche la funcion masculina del Circo. Su última pieza es su mejor sátira. En efecto, ¡qué triunfo para las mugeres! Los hombres las escluyen una noche sola del teatro, las *suprimen*, como dice el programa, y esa noche todo es allí barahunda y desconcierto y zalgarda, y esa noche el teatro se convierte en el aquelarre de las brujas de la *Redoma encantada*. El bello sexo ha sido vengado.

Saquemos de todo ello algunas consecuencias. Sin eso nuestro artículo no seria lógico, no enseñaria nada. Bien empleado le está

al público lo acontecido aquella noche. Pues qué ¿no sabia que era la noche del cinco de Enero? ¿Ignoraba que en ella se hace ir á los gallegos noveles á ver entrar los Reyes? ¿Olvídó que era noche de chascos? ¿Qué nos faltaba en efecto á cada uno de los que fuimos allí? Una escalera al hombro, un bacion en una mano y una espuerta en la otra.

Aun podemos estirar el asunto hasta sacar una segunda consecuencia. Los actores merecieron los silbidos, los trompetazos, la cólera en fin del público. ¿Quién les manda dar un programa y no cumplirlo? ¿No saben que eso de cumplir programas ha sido siempre cosa sagrada en España?

F. F. A.

TEATRO PRINCIPAL.

El Dominó azul, zarzuela en tres actos.

No por la novedad de la produccion, sino por vía de reseña de las tareas de la compañía lírica, vamos á decir de ella pocas palabras. Ha hecho su estreno aquí como tenor el Sr. Hordan, el cual, si bien carece de figura teatral, y si bien como actor nada es hoy, ha alcanzado no pocos aplausos como cantante. Su voz es de buen timbre y sabe modularla, aunque fuera de desear no pretendiese esforzarla mas allá de sus naturales límites. Tambien suele á veces desvirtuar el pensamiento de la palabra que canta. El claro oscuro, aquí como en todo, no es arbitrario; es menester que tenga oportunidad. A pesar de esto, sus buenas dotes le han hecho que principie agradando al público.

Muy bien han estado la señora de Allú y la señorita Hernandez. Ambas han sido aplaudidas, y ambas con razon.

El Señor Campo-amor ha desempeñado con acierto, á nuestro entender, el papel del marqués. El público le escatima aplausos que legítimamente gana, y en verdad no sabemos por qué lo hace. El Sr. Campo-amor es todo un actor, y si como cantante no posee una privilegiada voz, téngase en cuenta que á reunir esta última condicion en igual grado que la primera no serian los teatros de Cádiz los que le tendrian en sus escenarios.

Esta obra lírica, aunque una de las mas

bellas, se ha visto demasiado y se ha visto hartó bien para que puedan esperarse de ella muchas entradas. La del día de su estreno fué sin embargo brillantísima.

El público se mostró tal como hasta hace poco se ha mostrado siempre el de este teatro. No quiere, y hace bien, renunciar á su antigua y justa fama de cultura. Hay medios eficacísimos de mostrar el desagrado, sin descender á manifestaciones estrepitosas que no tienen allí su lugar, que se despegan de aquel sitio, que no están en armonía, en fin, con lo escogido de la sociedad que allí habitualmente acude.

F. F. A.

DECLARACION.

Amor inunda el pecho;
amor rebosa el alma;
y lejos de la calma
me agito en tempestad:
mas brilla el sol en tanto,
tranquilo el mar se ostenta,
su verde el prado aumenta,
y el bosque su beldad.

Llego al fecundo campo
y cada rama hermosa
y cada linda rosa
y cándido jazmin
amor me dice: amores
la cristalina fuente,
y amores su corriente
en murmullo sin fin.

De amores impregnado
el aire que respiro
en lánguido suspiro
prolonga su rumor;
y el oído no escucha
ni en él murmura el viento
mas voz ni mas acento
que la palabra amor.

Huyo al ansiado asilo
del doméstico techo
y en él busca mi pecho
la calma que perdi:
mas ¡ay! que el dulce albergue
tus encantos agitan,
y tus gracias me gritan:
«Aquí mira: ama aquí:»

Y al punto que te miro
adoro tu semblante
como ama el sol radiante
á la sensible flor:

y en torno de tus ojos
muero de amor, hermosa,
cual frágil mariposa
muere en la luz, de amor.

Y en vano al campo vuelvo
que, impresa en él tu huella,
mis pasos van tras ella,
tras ella mi pesar;
que al desdichado amante
ay! hartó yo lo siento!
es el amor, tormento:
es padecer, amar.

Cual guarda gigantesca
del Etna la montaña
el fuego en su honda entraña,
inquieto en su opresion,
tal guarda inextinguible
sin paz y sin sosiego
por tí de amor el fuego
mi ardiente corazón.

Mas como el fuego activo
camino abre á su lava
y por mostrar acaba
su comprimido ardor,
tal pongo en tus oídos
el mal que me quebranta,
tal pongo yo á tu planta
mi delirante amor.

IRUZU-XILEFED-AGÁ.

EL PINTOR CLAUDIO S...

Viajando por Italia, llamé cierta noche á la puerta de una lindísima quinta, situada hácia Oriente, á tres millas de la ciudad de Turin. Abrióme un mulato, y sin preguntarme el objeto de mi llegada, tal vez por conocer que era extranjero, hizome entrar en un espacioso salon enriquecido con multitud de preciosísimas pinturas.

Sin acordarme del carácter de viajero estraviado con que me hallaba en aquella casa, mi vista se fijó atónita en un cuadro, en cuyo lienzo se dibujaba el retrato de una mujer. Era tan seductor su ademan y tan peregrina su hermosura, que en valde pretendí buscar entre las vírgenes de Murillo, ni en las concepciones de Rafael, algo que con ella se pudiera comparar.

Yo no he visto un rostro mas hermoso. Sin duda era fiel traslado del de la madre del Redentor.

Admirado á la vista de una concepcion tan bella, me volví á preguntar al mulato el nombre del hábil pintor; pero ¡cuál fué mi sorpresa al encontrarme con un jóven cuya dulce mirada se fijaba entristecida en el cuadro!

Claudio de S... de origen alemán, aparentaba tener veinte y nueve años: era alto y arrogante. Su figura me pareció tan bella, y se notaba en

ella tal espresion de dulzura y de candor, que desde luego me inspiró una tierna simpatía.

Reparé que las lágrimas humedecían sus ojos, cuya mirada no se separaba del lienzo, y que á medida que recorría una á una las delicadas formas del retrato, su conmoción iba en aumento. Esto me hizo creer que entre aquel jóven y el retrato se encerraba una secreta é interesante historia, y mis deseos por saberla fueron grandes desde aquel instante.

Disponíame á marchar, no sin propósito de volver otra vez á examinar el cuadro; pero el jóven que lo advirtió, salióme al paso, escusando su distracción con la mayor finura, y suplicándome que aceptase un humilde albergue en su casa por aquella noche.

Escusado parecerá decir que fui tratado con el mayor esmero y cortesanía; pero lo que no creo inútil decir es que fui invitado por Claudio para que dilatase algún tiempo mi partida, á lo que accedí con gusto, porque jamás en mi vida había conocido un hombre que me hubiese inspirado mayores simpatías.

Pasé, pues, en su compañía un mes entero, y en este tiempo se estrechó tanto nuestro cariño que lloramos tiernamente el día de nuestra separación.

Durante mi permanencia en su casa le sorprendí muchas veces sumido en una tristeza profunda; y aunque á mi vista se reanimaba tratando de aparecer sereno, lo mismo era dejarlo solo que volvía á caer en un abatimiento cruel. Muchos deseos tuve de preguntarle la causa de aquella tristeza tan continuada; pero siempre juzgué mas prudente respetar su secreto.

Sin embargo, como su pena era mayor cada vez que mi admiración por la pintura que había visto me impulsaba á elogiar el mérito del autor, hube de preguntarle si se entristecía con el recuerdo de aquel lienzo, y me contestó ingenuamente que sí.

Desde aquel día me abstuve de volver á la sala donde el retrato se hallaba, y aun mi cuidado mayor era distraer á mi amigo para evitar que una causa fatal le arrastrase al fondo de aquella habitación maldita.

La mañana de mi partida, como no pudiese resolverme á marchar sin contemplar aun por última vez la hermosa pintura de aquella bellísima mujer, me lancé ansioso en la sala aprovechando el momento en que juzgaba distraído en otras ocupaciones á mi amigo. Como mi agitación era grande por lo mismo que entraba furtivamente

y no quería que lo advirtiese, salvé precipitadamente el dintel de la puerta, sin reparar al pronto que allá en un apartado rincón se dibujaba la sombra de otra persona. Pero no bien hube andado algunos pasos, mis oídos percibieron confusamente ahogados sollozos y me paré á observar. Bien pronto se fijó mi vista en un bulto inmóvil que se destacaba en el fondo del salón. Pero sin sospechar aun que pudiera ser el bondadoso Claudio, avancé cautelosamente hasta colocarme en un sitio donde pudiera acechar sus movimientos, y entonces advertí con temor que el rostro de mi jóven amigo, (pues no era otro), estaba horriblemente demudado, y que de sus hermosos ojos tenazmente fijos en el retrato, se desprendían penosamente dos gruesísimas lágrimas. No pudiendo ya contenerme á la vista de una escena tan tierna, le supliqué conmovido que me explicase las causas de su honda melancolía, y me prometió hacerlo por escrito, porque no se sentía con valor para referírmelo en aquel instante.

Cinco años habían trascurrido desde nuestra separación, durante los cuales visité la Palestina, el Egipto y una no pequeña parte del Asia menor, sin que, por mas que en mis cartas le recordara su promesa, lograra conseguir de Claudio la revelación que yo aguardaba. Por fin un día, llegó á mis manos un voluminoso paquete que abrí con ansiedad al reconocer en el sobre la letra de mi amigo, y leí con sorpresa lo que sigue:

«Consecuente con la palabra que te di el día de nuestra separación, hubiera deseado mil veces escribirte, pero siempre me ha faltado energía para hacerte una revelación demasiado penosa. Perdona... es una debilidad mas añadida á las muchas que me han aquejado en el trascurso de mi vida. En adelante no las volveré á tener. Seré fuerte.... oh! sí, muy fuerte. ¿No es verdad que en el sepulcro el hombre es heroico contra las debilidades humanas?....

(Se continuará.)

Solucion del logogrifo anterior.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y deja la escondida
senda por do han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica.



ba

